

Un cadáver por Navidad

Joel Jessup

Joel Jessup

Fragmento



GUÍA DE LOS ENIGMAS

Cada uno de los veinticinco capítulos de este libro representa un día de diciembre y la puerta de un calendario de Adviento. Nuestra heroína, la doctora Harker, recibe cada mañana una imagen de dicho calendario de parte de una fuente anónima: alguien que podría haber asesinado al señor Holly, el apreciado sacristán de la iglesia del pueblo.

Con el paso de los días, parece evidente que cada una de las imágenes del calendario de Adviento está relacionada con un secreto que guarda alguien del pueblo, y la doctora Harker debe investigar de quién podría tratarse.

Al final de cada capítulo, hay un acertijo relacionado con la persona a la que hace referencia la imagen del día y cuya solución ayuda a que la historia avance. A veces, el texto del capítulo incluye pistas sobre cómo resolver el acertijo, aunque por lo general toda la información necesaria para descifrarlo se incluye en las instrucciones en negrita.

Si necesitas ayuda, consulta las soluciones de los enigmas en la página 219 para ver las respuestas y explicaciones de cada uno; pero si lo haces, ten cuidado de no echar un vistazo accidental a los demás enigmas.

El último rompecabezas, que desvela la misteriosa identidad del asesino, se encuentra en el capítulo final, el que corresponde al 25 de diciembre. Es posible resolverlo sin completar todos los demás; sin embargo, tendrás más posibilidades si lo logras.

¡Mucha suerte!





AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las personas que han trabajado en este libro. Gracias a mi padre, John Jessup, por aportar su creatividad, su apoyo y una barba de lo más inspiradora.

Gracias a mis magníficas editoras, Nicki Crossley y Lucy Stewardson, y al ilustrador Peter Liddiard por crear unas ilustraciones perfectas. También quiero dar las gracias a Natasha Le Coultre por tan elegante portada y a Claire Cater por el excelente trabajo de diseño y composición tipográfica.

Por último, gracias a Jennifer Jessup, mi esposa y cómplice (en crímenes ficticios, debo aclarar).



PRÓLOGO

30 de noviembre

El cadáver del señor Holly yacía en el pavimento frente al centro comunitario de Candlestow. El inspector Twelvetrees no era una persona poética, pero de no haber sabido que el hombre estaba muerto, podría haber afirmado que parecía tranquilo.

El escenario constituía un trágico retablo. Había una escalera apoyada contra la fachada del edificio y un montón de adornos navideños (ahora apagados) en el tejado: una mezcla de muñecos de nieve de plástico iluminados, un Papá Noel, unos cuantos renos hinchables y guirnaldas de luces.

—Traumatismo contundente y un par de hematomas —informó el forense local, el doctor Wodecki, al inspector mientras se incorporaba—. Murió de prisa, estimo que hace un par de horas.

Los había llamado la doctora Adeline Harker, la médica de cabecera local, recién jubilada y miembro del comité del centro comunitario. Apenas eran las siete, pero ella había llegado temprano para abrir el centro con la intención de prepararlo todo para el primer ensayo de la función navideña del pueblo.

El doctor Wodecki dijo que la ambulancia tardaría un rato (Candlestow era un pueblecito pequeño, aislado en mitad del campo, lejos de cualquier ciudad importante) por lo que entró para calentarse. Al pasar le dedicó un amable asentimiento a la doctora Harker, que salía con una bandeja cargada de tazas de té.

—Parece que se cayó mientras arreglaba los adornos —comentó la mujer, haciendo un extraño énfasis en «parece».

—¿Solía hacerlo de forma habitual? —preguntó el inspector Twelvetrees, que esperaba que no fuese el caso. El señor Holly tenía más de ochenta años, y si la idea de subir al tejado no había sido suya, alguien podría acabar afrontando responsabilidades legales.

—Por lo general, no. El supervisor es Roy Hatt —contestó la mujer—. Se pasó un poco de extravagante, pero el señor Holly es muy manitas. Es... Era el sacristán de la iglesia. Yo solía pedirle que no se exigiera demasiado, aunque casi nunca me hacía caso.

De modo que se trataba de un simple accidente. El fallecido había visto que uno de los renos parecía un poco desinflado, había subido a arreglarlo, se había tropezado con un cable y se había caído del tejado. Salvo por el hecho de que el inspector Twelvetrees escuchaba una vocecita hablándole al oído. Era la misma que llevaba persiguiéndolo desde que había salido de la academia. Lo único que él había querido siempre era una vida fácil y tranquila, pero la voz no se lo permitía. Y en esa ocasión, a aquella voz se unió la de la doctora Harker.

—Si se cayó del tejado... —razonó ella, desconcertada—, ¿por qué los adornos están intactos y en su sitio? Sin duda, al caerse debería haber arrastrado consigo como mínimo uno.

Eso era exactamente lo que decía la voz del inspector. No había sido un simple accidente. Puede que incluso se tratara de un asesinato.

—¿Sabemos si tenía familia? —preguntó Twelvetrees a un agente cercano.

—No —respondió la doctora Harker antes de que el otro policía pudiese contestar—. Él siempre decía que en realidad se sentía unido a todo el pueblo. La gente va a estar desconsolada.

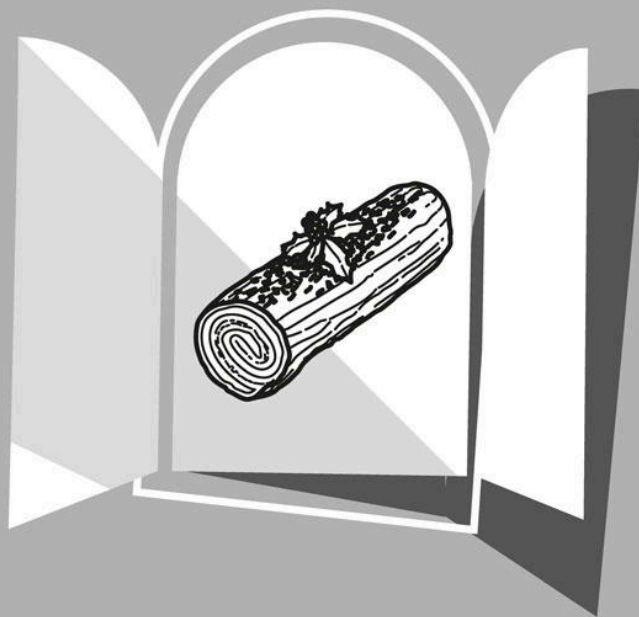
—¿Era muy querido? —inquirió el inspector.

—Ah, bueno, sí. Pero me refería a la función de Navidad. Él era el director —respondió la mujer.

El inspector consideró reprenderla y decirle que había cosas más importantes por las que preocuparse, pero era consciente de que en aquellos pueblos se tomaban muy en serio esos eventos. A algunos vecinos incluso les parecería que una obra echada a perder era lo peor que les podía suceder esas Navidades. El inspector Twelvetrees no tenía ni idea de lo equivocado que estaba.

1 de diciembre

TRONCO DE NAVIDAD





Aquella mañana, a la doctora Harker le asustaba abrir sus correos electrónicos.

El día anterior, el comité del centro comunitario y el resto de las personas que trabajaban en la función de Navidad habían conseguido, milagrosamente, mantener las distancias durante todo el caos. Mientras tanto, la policía había retirado el cuerpo, acordonado la zona y los había interrogado a ella y a cualquier otro posible testigo. Sin embargo, tal como esperaba, ese día la aguardaban múltiples mensajes de pánico. Deseó no haber aceptado el cargo de directora de escena.

Entre los diversos correos de las personas habituales, se topó con uno un tanto extraño. Donde debería constar el nombre del remitente, había una serie de letras y números aparentemente aleatorios. Estaba a punto de mandarlo a la papelera cuando reparó en que contenía una imagen adjunta. Hubo algo en aquello que le resultó extrañamente familiar, de modo que hizo clic con cautela, confiando en su antivirus.

La fotografía mostraba un calendario de Adviento con una puerta abierta. Dentro se veía el dibujo de un pastel: un tronco de Navidad. No había más detalles. Era todo muy extraño.

De golpe y porrazo, se dio cuenta de por qué le resultaba familiar. El extremo circular del tronco se parecía mucho al logotipo de la tienda de lana Hermanas Hunnam. ¿Quizá se trataba de alguna nueva promoción navideña? Era cierto que le hacía falta lana de colores para tejer un gorro navideño con el que molestar a su gato, Grendel. A lo mejor podía pasarse por la tienda y comprobar si sabían algo acerca del correo electrónico.

Al llegar frente al escaparate, vio a Fiona, a Gill y a Petra ocupadas en distintas zonas del local. Las hermanas Hunnam eran muy cordiales con los clientes, pero desde la muerte de su madre, daba la sensación de que nunca hablaban entre ellas, y nadie tenía ni idea del motivo. Fiona estaba rociando todas las ventanas con nieve artificial y sonrió a la doctora Harker cuando esta entró. Gill estaba dando forma a un reno con una docena de ovillos de lana. De las tres, siempre había sido la que más disfrutaba con las decoraciones navideñas. Petra, la mayor y más sensata, atendía el mostrador, como siempre, y fingía no sentirse horrorizada por lo que hacían sus hermanas. Saludó a la doctora con un gesto de cabeza amistoso.

Después de que se compadecieran del señor Holly y de que la doctora Harker pidiera tres ovillos de una lana con el rarísimo nombre de «Coral Supergruesa», la mujer sacó su teléfono y le enseñó a Petra la foto del tronco de Navidad del calendario de Adviento.

—¿Tiene algo que ver con vosotras? —le preguntó, sin darle la menor importancia.

La reacción de la tendera resultó de lo más sorprendente. Se puso roja como un tomate al instante y la fulminó con una mirada cargada de odio repentino.

—¡Cómo te atreves! —gritó en tono acusatorio—. ¿Ha sido una de ellas quien te ha dicho que lo hagas?

Petra señaló a sus hermanas para que estas mirasen la foto. Nerviosas por lo que estaban a punto de ver, ambas se acercaron para averiguar qué había enfurecido tanto a Petra. Al ver la imagen, las dos adquirieron un tono carmesí similar y parecían igual de disgustadas.

—¡Yo no he mandado nada! —chilló Fiona, fulminando a Gill con la mirada.

—¡Yo tampoco! ¡Acordamos no hablar nunca del tema! —replicó la tercera, enfrentándose a la acusación sin rodeos.

Petra lanzó miradas suspicaces a sus hermanas y adoptó una expresión de tristeza al decir, en tono hosco:

—Acordamos no hablar nunca de nada...

No obstante, un segundo después volvió a sentirse iracunda y vengativa. Las tres hermanas empezaron a gritarse cada vez con más ferocidad, lo cual dejó a la doctora Harker muy desconcertada.

—¿Hay algún problema? —Una voz fuerte y autoritaria interrumpió aquella estridencia.

Las cuatro mujeres se giraron y descubrieron al inspector Twelvetrees de pie en la puerta, con aspecto disgustado y sujetando un sándwich de gambas a medio comer. Las Hunnam guardaron un silencio repentino mientras la doctora Harker le mostraba la imagen del correo electrónico.

—Lo único que he hecho ha sido enseñarles esto. No me esperaba esta reacción ni el infierno que se iba a desatar.

—A lo mejor debería explicarlo —se ofreció Petra. La calma se apoderó de las hermanas ahora que les habían impedido proseguir con su discusión. Fiona y Gill empezaron a protestar, pero ella levantó las manos para hacerlas callar—. Escuchad, es hora de que lo hablemos abiertamente —insistió.

Procedió a explicar que todo estaba relacionado con su difunta madre, Enid, quien había sido una influencia tóxica en sus vidas, enfrentándolas siempre entre sí para que compitieran por su favor. Petra rebuscó detrás del mostrador y sacó un viejo

álbum de fotos de la familia. Empezó a hojearlo mientras hablaba, señalando escenas aparentemente felices que ocultaban verdades dolorosas.

—Si alguna de nosotras conseguía algo, mamá alegaba que como mínimo una de las otras, o las dos, lo había hecho primero, o incluso mejor —les contó.

La doctora Harker sabía que era cierto, pues había sido la médica de cabecera de Enid, una de sus pacientes más desagradables, por decirlo educadamente.

—La Navidad era la peor época —prosiguió Petra—. Primero por el árbol, ¡no podía haber ni demasiados adornos ni demasiado pocos! Luego que si el espumillón, la música que elegíamos... ¡Hasta ponía nota a los regalos! Pero cuando de verdad volaban los cuchillos era durante la cena de Nochebuena, el verdadero campo de batalla. —Gill y Fiona asintieron con tristeza—. Todos los años, una de nosotras tenía que preparar el tronco de Navidad —dijo Petra—. Nos turnábamos. Dedicábamos horas a cocinarlo, como esclavas. Y lo preparara quien lo preparase, ¡podéis estar seguros de que era el peor que había probado en toda su vida!

Gill continuó con la narración:

—Decidimos tomar cartas en el asunto y se nos ocurrió una forma de descubrir cuál era realmente su pastel favorito —les contó—. Mamá ya era bastante mayor y parecía que iba a ser su última Navidad, así que las tres preparamos tres troncos de Navidad por separado. ¡Nos esforzamos al máximo! Luego, cada una cortó una rebanada, que servimos en tres platos idénticos y se los plantamos delante a aquella vieja gruñona. Acordamos que el que se comiera primero sería el mejor. —Estaba claro que el recuerdo reavivaba viejas hostilidades, porque las hermanas volvieron a lanzarse miradas cabreadas unas a otras.

—¿Y qué pasó? —preguntó el inspector.

—Decidimos salir de la habitación para no... influir en el resultado —explicó Petra—. De repente, oímos un grito y el ruido de un plato al caer al suelo. Entramos corriendo y encontramos a mamá tirada en la alfombra, ¡se estaba poniendo azul!

—Llamamos a la ambulancia, pero era demasiado tarde. ¡Murió veinte minutos después! —recordó Fiona con pena—. Afirmaron que fue una embolia, pero nosotras sabíamos que debió de ser por el pastel. —Las tres intercambiaron miradas en las que se mezclaban la culpabilidad y las acusaciones.

—Entonces..., ¿qué pastel...? —inquirió el inspector con vacilación.

—Eso es lo más estúpido —respondió Petra con amargura—. Cuando echamos a correr para ayudar a mamá, no prestamos atención a cuál se había comido, y para cuando volvimos del hospital, alguien había recogido la mesa, sin duda pensando que

estaba siendo de ayuda. No tenemos ni idea de qué trozo escogió, así que nunca hemos sabido cuál de nosotras la mató.

—¿Y por eso no os dirigís la palabra? —preguntó la doctora Harker, con cierta amabilidad. Al asentir, las hermanas parecieron de repente mucho más jóvenes. La médica decidió que la sinceridad sin tapujos era la mejor estrategia—. Escuchad, Enid tenía noventa y dos años. Padecía de los nervios, fumaba como un carretero y, aunque siempre afirmaba que estaba a dieta, no podía resistirse a nada con mucho chocolate. Murió porque ya era muy mayor y no gozaba de buena salud.

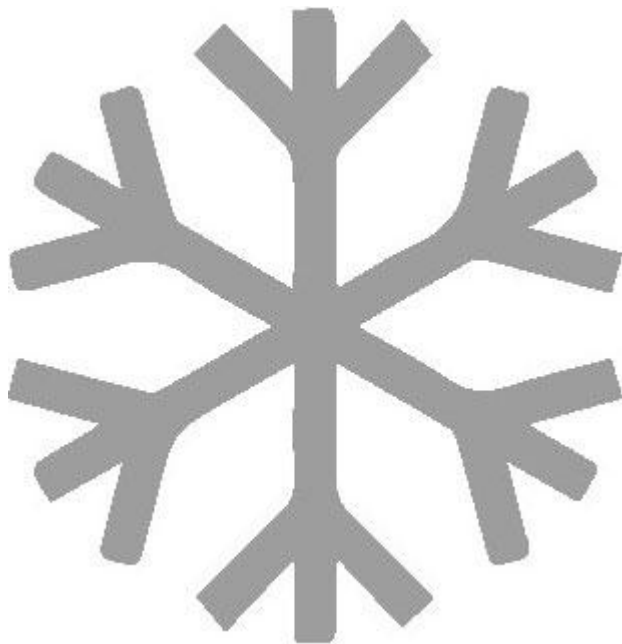
Ante esas palabras, algo cambió en las hermanas, y casi dio la sensación de que las habían sacado de alguna especie de cárcel. De pronto, todas rompieron a llorar y se abrazaron con fuerza, el alivio evidente en sus expresiones.

El inspector parecía muy incómodo y se inclinó para susurrarle a la doctora Harker:

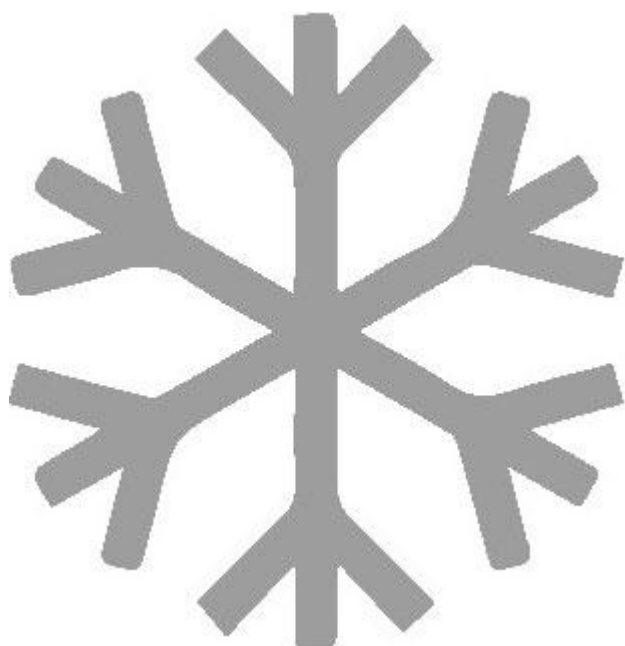
—Bueno, pues yo me voy. ¡Menos mal que nunca descubrieron qué pastel se comió!

Sin embargo, ella, estudiando las fotos y sabiendo lo que sabía, podía afirmar con exactitud qué porción se había comido Enid justo antes de morir...

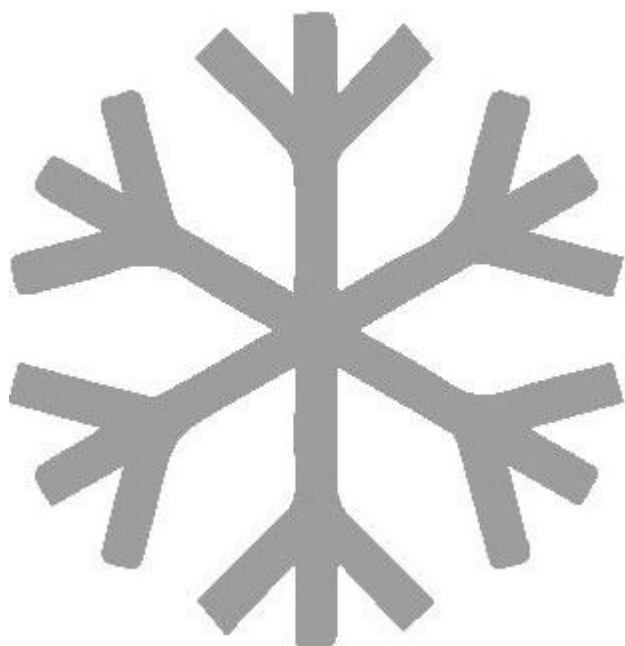
Aquí están los tres pasteles de tronco de Navidad que hornearon las hermanas. Con la información de que disponemos acerca de ellos y las notas de la doctora Harker sobre las preferencias de Enid, determina a) qué pastel preparó cada hermana y b) qué pastel habría elegido comerse Enid.



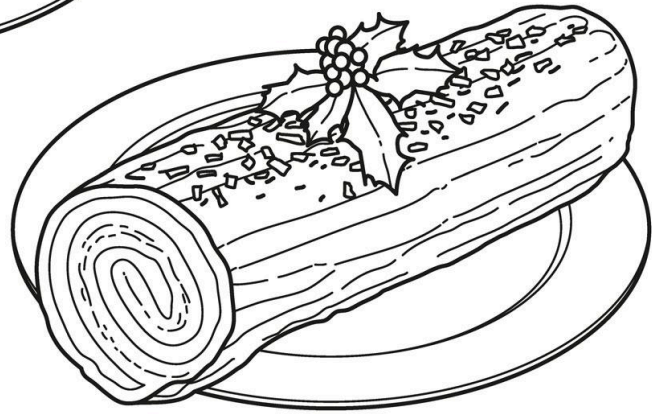
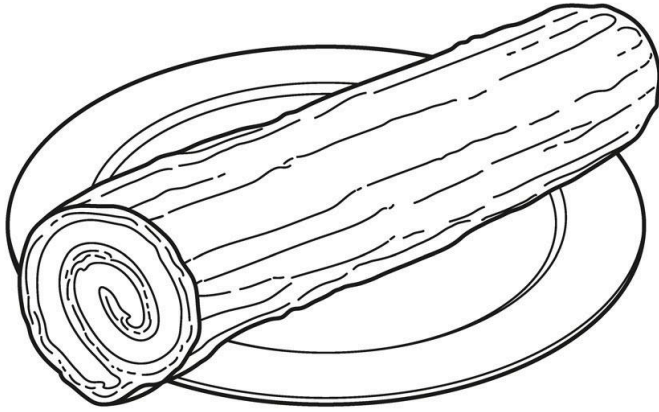
Fiona: Adora la nieve y las decoraciones.

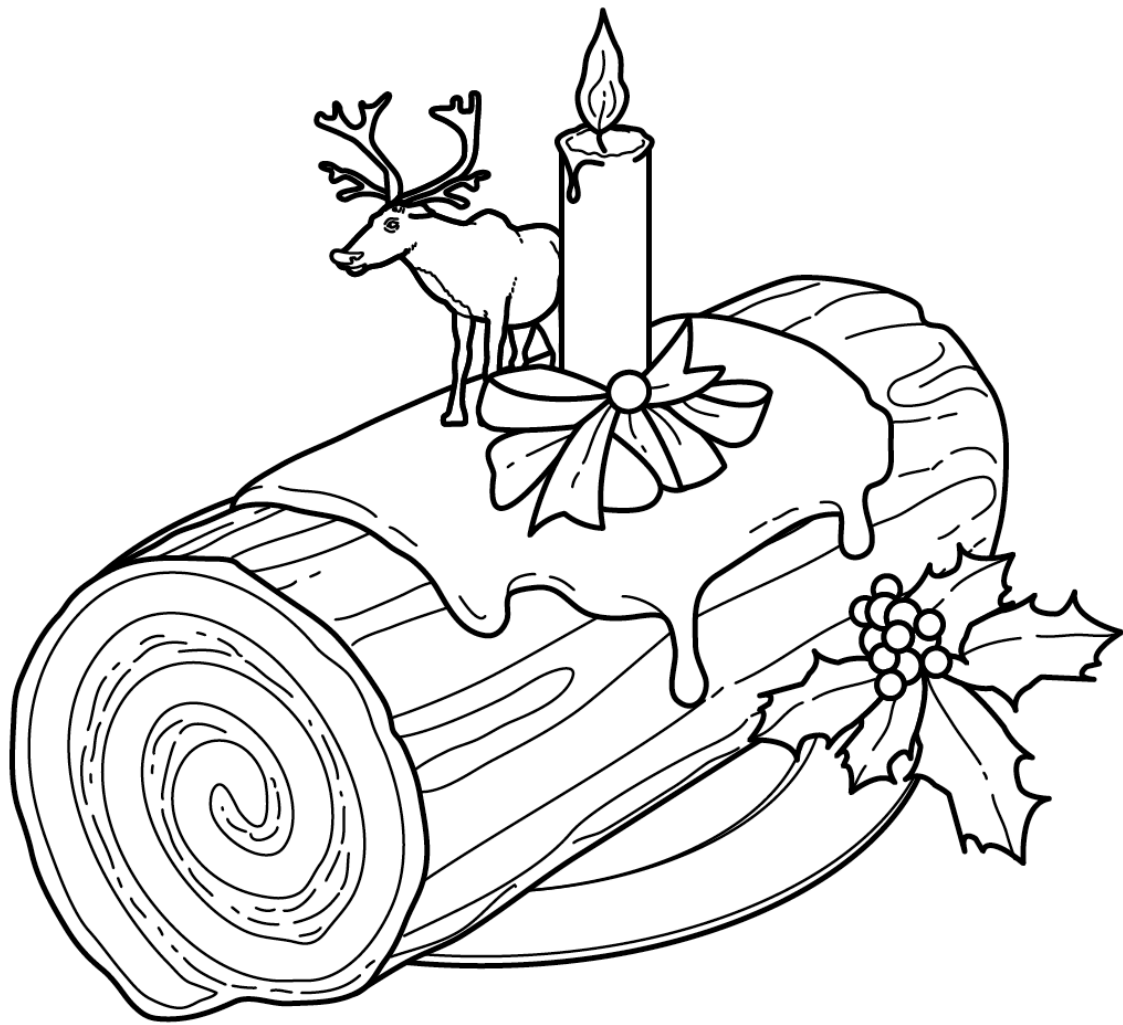


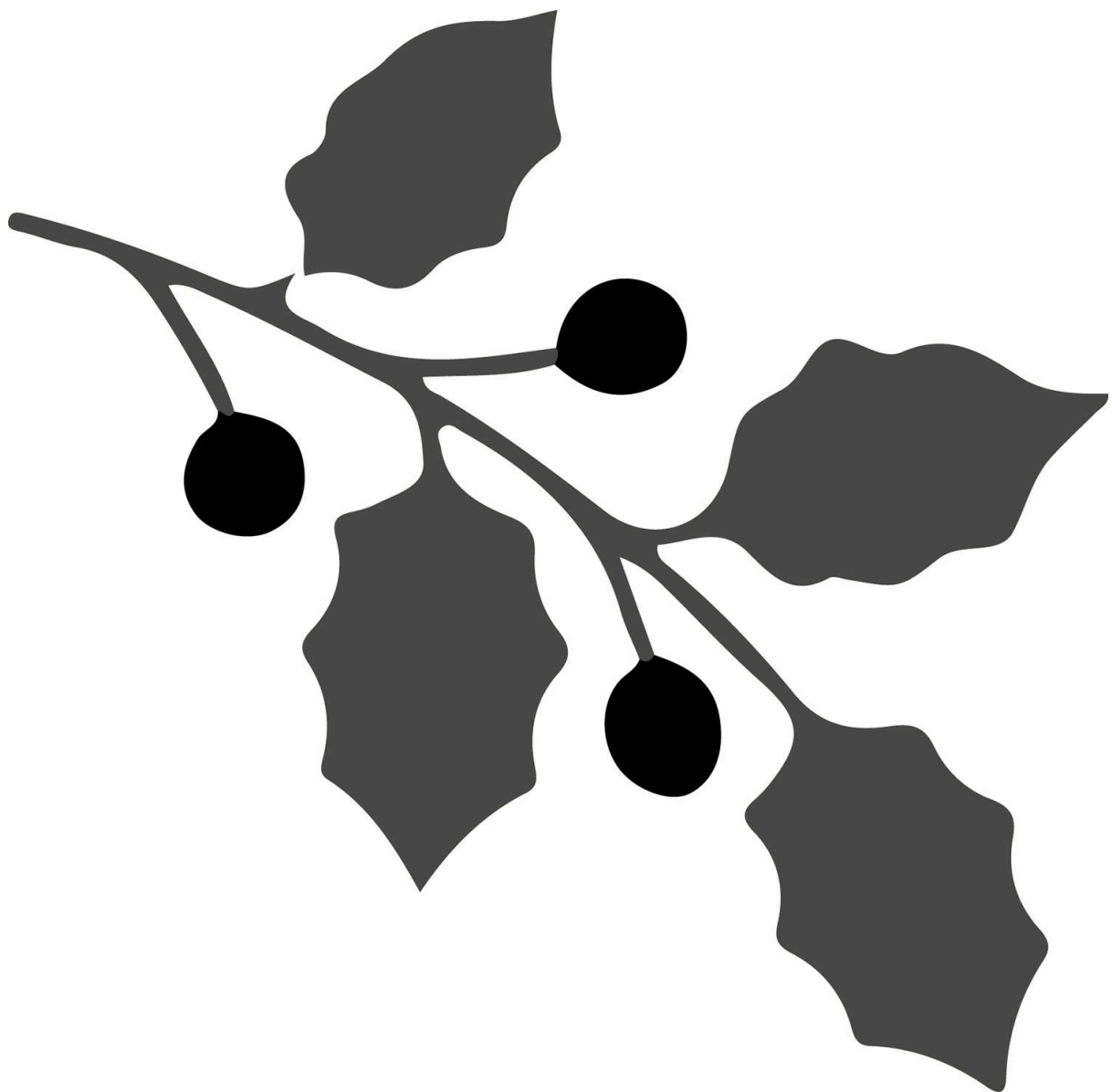
Gill: No le entusiasma demasiado el azúcar glas, pero le chifla el chocolate. Le encanta la Navidad y le gustan bastante las decoraciones.



Petra: No le gustan ni las decoraciones ni el azúcar glas ni el chocolate, y prefiere centrarse en el diseño.

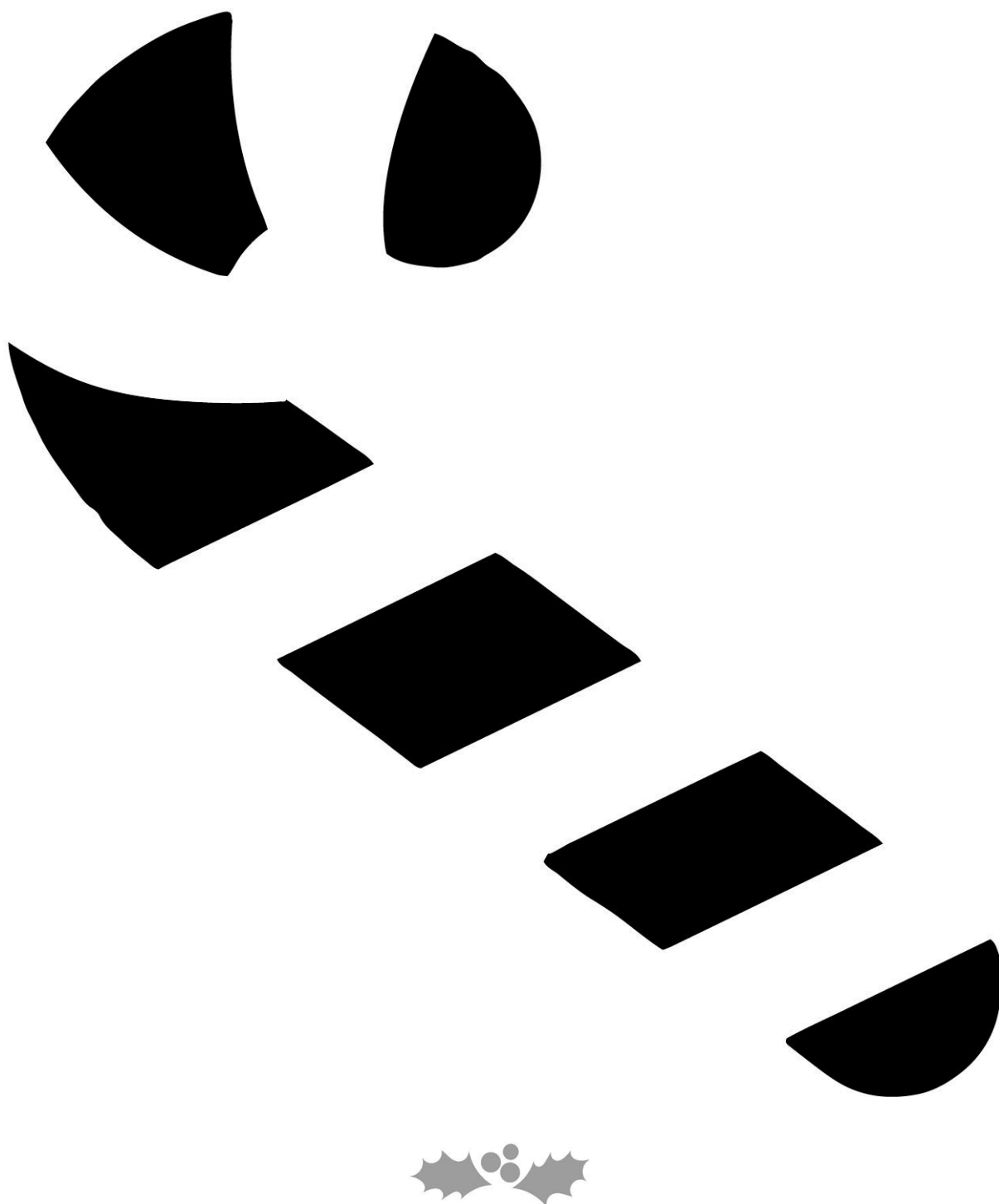






NOTAS DE LA DOCTORA HARKER

Enid es una paciente muy difícil; insiste en que solo come porciones pequeñas, pero es evidente que se zampa un montón de chocolate. Se ha quejado de la Navidad durante toda su cita, en especial de la nieve y de lo mucho que odia el exceso de decoración...



El inspector Twelvetrees negó que existiera una conexión real entre el dibujo del tronco de Navidad y las hermanas Hunnam.

—Les ha tocado la fibra sensible, pero está claro que tan solo es una coincidencia.

—¿Y qué hay del parecido con el logo de su tienda? —insistió la doctora Harker.

—A mí no me resultan tan similares —respondió él demasiado deprisa.

—Bueno, el dibujo es la primera puerta de un calendario de Adviento —observó la doctora Harker—. Tal vez haya otro mañana.

—Yo solo he venido a investigar la muerte del señor Holly —replicó el inspector Twelvetrees con brusquedad. Intentó mirarla con severidad, pero ella ya se había marchado...

La doctora Harker pasó el resto del día en una reunión de emergencia sobre la obra de teatro. Todos coincidieron en que Lily Franzen debía asumir la dirección. Era profesora de 4.º de primaria, había dirigido algunas asambleas y nadie la odiaba.

—Tendré que hacer algunos malabarismos... —rumió Lily.

—¿Seguro que no lo mataste tú para conseguir el trabajo? —intervino Dennis Seaton en tono jocoso.

Todos pusieron los ojos en blanco.



2 de diciembre

MUÑECO DE NIEVE





Como sospechaba la doctora Harker, esa mañana llegó una segunda imagen anónima a su bandeja de entrada, que ella reenvió de inmediato al inspector.

—Es un muñeco de nieve —le contestó él en un mensaje de texto.

—¿Qué cree que significa? —preguntó ella.

—Que tiene demasiado tiempo libre —fue la respuesta.

—¿Se ha fijado en que su bufanda es una ristra de salchichas? —escribió la doctora, pero Twelvetrees no leyó el mensaje. Claramente, estaba ocupado.

De vuelta a las salchichas, pensó que podría tratarse de una referencia a El Pato Borracho, el pub de comida gourmet situado cerca del río. Allí las servían a menudo. ¿O a lo mejor era una referencia a la carnicería local? Quizá el muñe